

CAPITULO SEGUNDO.

GOBIERNO DE JOSUE.

JOSUE.

El nombramiento de Josué fué hecho con toda solemnidad; Moises puso las manos sobre su cabeza, y quedó lleno de Sabiduría. Su talento militar, su esfuerzo personal, sus virtudes privadas, le calificaban tan bien para el supremo mando, que todos le hicieron gozosos el juramento de fidelidad. El nuevo Gefe dió orden á los príncipes del pueblo, para que pasasen al campamento, é intimasen á todos los hombres de armas hacer provisiones, porque despues de tres dias habia de marchar el ejército á la tierra de promision. Con esta resolucion envió Josué dos espías á reconocer la tierra, y las fortificaciones de Jericó: estos fuéron descubiertos, y cuando el Rey mandó prenderlos, Rahab, la muger en cuya casa se habian acogido, los ocultó con tanta astucia, que no pudieron hallarlos. Esta los informó del abatimiento y temor que habia causado en todos los habitantes la noticia de la llegada del pueblo de Israel: les exigió juramento de salvar á ella y á su familia, cuando entraran la ciudad, y luego los descolgó con una soga, por la ventana de su casa que caía sobre la muralla. Estos dos espías mas animosos y resueltos que los otros enviados por Moises, volviéron al campamento

y dijéron á Josué, que los habitantes estaban tan abatidos de temor, que no tenian mas confianza de salvarse sino la que les daban los muros.

Josué levantó el campamento de noche, y llegó á la orilla del Jordan: entónces dió orden para que los sacerdotes tomasen el Arca de la alianza, y pasaran el rio delante del ejército. El Jordan estaba á la sazón muy crecido, y apénas los ministros tocáron el agua con sus pies, se detuvo la corriente por la parte de arriba, hinchándose á manera de un monte, y corriendo el agua de la parte de abajo, quedó la madre del rio enteramente seca. Los sacerdotes que cargaban el arca, se detuviéron en la mitad, hasta que pasáron á pie enjuto los cuarenta mil combatientes de que se componía el ejército de Israel. Para memoria de este prodigio mandó Josué poner en el paso del rio doce piedras por doce hombres escogidos uno de cada tribu: y sacar doce piedras del rio, para ponerlas en el campamento. Esto hecho, y marchando los que llevaban el arca, las aguas detenidas corrieron con grande ímpetu hasta juntarse con la otras.

Despues de muchos siglos de promesa, y de muchos años de trabajos, entró el pueblo de Israel en la tierra prometida. Tenian la proteccion del Señor, pero tambien tenian que pelear. La ciudad de Jericó era el baluarte de Canaan: estaba muy fortificada y bien guarnecida, pero el Señor prometió ponerla en las manos de su pueblo. Los sacerdotes recibieron orden de pasear el Arca una vez cada dia al rededor de la ciudad, y al son de las trompetas; esta orden fué

ejecutada con puntualidad; y dando la vuelta al séptimo día, Josué mandó hacer alto á las tropas y que gritasen: en aquel mismo instante que el sonido de las trompetas y los gritos de los soldados resonaban con horror en los oídos de la guarnición, se desplomaron los muros de Jericó, dejando libre entrada á las tropas de Israel. Todos los habitantes que habia en la ciudad, desde el hombre hasta la muger, desde el niño hasta el anciano fuéron pasados á cuchillo en aquel día. Tan terrible fué el castigo con que Dios visitó á aquellos idólatras, que solo la muger que habia salvado á los dos espías, sus padres, hermanos y parentela escaparon con la vida. Luego que los Israelitas tomaron posesion de la ciudad y comarca de Jericó, comenzaron á hacer pan de trigo, y cesó de caer para siempre el maná del cielo.

Antes del ataque sobre Jericó, Josué publicó una orden prohibiendo severamente á sus soldados el guardar para sí oro, plata, ó alhaja alguna; porque habia consagrado solemnemente al Señor todo el despojo de aquella ciudad. En contravención de este edicto, Acan, soldado de la tribu de Judá, habia tomado para sí una capa de grana muy rica, dociientos ducados de plata, y una regla de oro de mucho valor. Dios se mostró sentido de esta transgresion, infundiendo temor en una division de las tropas de Israel, que huyéron vergonzosamente delante de un corto número de enemigos, dejando treinta y seis hombres muertos en la fuga. Alarmado el valiente Josué con esta infame conducta de sus soldados en medio de sus vic-

torias, se postró en el suelo, rogando al Señor le diese á conocer la causa de esta desgracia. Y sabiendo que era el hurto sacrilego de Acan, mandó apedrearle de muerte en el valle de Acor.

Josué tomó despues la ciudad de Haí, haciendo en ella el mismo estrago que en Jericó. Alarmado Adonisedec Rey de Jerusalem con estas conquistas de Josué, y mucho mas con la alianza de los Gabaonitas, avisó á otros cuatro Reyes confinantes, para unir sus tropas y apoderarse de la ciudad de Gabaon, á fin de privar al pueblo de Israel de este apoyo. Los cinco Reyes se unieron y pusieron sitio á la ciudad. En esta afliccion los Gabaonitas imploraron socorro á Josué, y este activo caudillo caminando toda la noche desde Gálgala, á la mañana cayó de improviso sobre ellos, y los puso en el mayor desorden. Josué los perseguia haciendo gran matanza, y temiendo que acabado el día, se escapase el resto á la sombra de la noche, imploró al Señor. La confianza sin igual que este santo varon tenia en su Dios le movió á mandar al Sol y á la Luna parar su curso; delante de todos los hijos de Israel miró al cielo, y dijo en alta voz: Sol, detente sobre Gabaon, y Luna, párate sobre el valle de Ayalon. ¡Prodigio sin ejemplar! el Sol y la Luna se pararon á la voz de Josué, hasta que el ejército del Señor completó la destruccion de sus enemigos.

Los cinco Reyes cananeos, que habian huido con tiempo, se ocultaron en una cueva; Josué la rodeó con un destacamento, los mandó sacar, les quitó las vidas, los suspendió de cinco maderos por todo un

dia, y al ponerse el sol mandó echar los cadáveres en la misma cueva. Este campeón israelita venció en diferentes acciones á treinta y un Reyes, conquistó casi toda la tierra de Canaan, y dejó al pueblo de Dios en posesion de la tierra que le habia prometido. Concluidas felizmente las operaciones militares de este general, siempre victorioso bajo la proteccion del Señor, solo restaba distribuir el pais conquistado entre las tribus, segun las últimas instrucciones del legislador Moises; Josué lo hizo fielmente, dividiendo las porciones en justicia y equidad, y sorteándolas despues entre las tribus, como lo habia mandado el Señor.

Despues de este último acto del gobierno glorioso de Josué, como se sintiese muy viejo, convocó á los Ancianos, á los Príncipes, Caudillos y Magistrados que representaban al pueblo de Israel; y puestos todos á su presencia, les habló en estas palabras: « Yo soy viejo, y me hallo en una edad muy avanzada: vosotros veis todo lo que el Señor nuestro Dios ha hecho con las naciones que teneis alrededor, y que visiblemente ha combatido por vosotros. Ya queda repartida por suerte la tierra que el Señor os habia prometido, y de la que tendréis completa posesion. Guardad de corazon todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley que nos dejó Moises, y no os desviéis de ellas, ni á la diestra ni á la siniestra. Procurad diligentemente amar al Señor vuestro Dios: porque si os adherís á los errores de los idólatras que os rodean; si os mezcláis con ellos por matrimonios;

y si contraeis con ellos amistades ilícitas, tened entendido desde ahora, que el Señor, léjos de ayudaros contra estas naciones, descargará su irresistible furor contra vosotros, y arrebatará de vuestras manos lo que ya poseéis. »

Josué pasó luego á Siquen, y pocos dias despues convocó otra vez á los principales de las doce tribus de Israel, y les habló en nombre del Señor. En esta ocasion les recordó todos los beneficios, que habian recibido de Dios, desde la vocacion de Abrahan y su salida de Mesopotamia, hasta aquella presente hora, concluyó exhortándolos á temer y servir á Dios con corazon perfecto y sincero. El pueblo prometió solemnemente nunca abandonar al Señor, ni servir á los dioses agenos: y Josué mandó poner una lápida grande en el Santuario, para recordar este voto al pueblo y á sus descendientes, dejando al mismo tiempo depositado un libro, en el que habia escrito todo lo acaecido desde la muerte de Moises. Luego despidió al pueblo para que cada uno fuese á su posesion: y Josué empleó los últimos dias de su vida en meditar la Santa Ley, y dar gracias al Señor. Este esclarecido Siervo de Dios murió poco despues á los ciento y diez años de su edad, con mucho sentimiento de todo Israel.